

DS48
PG 2
65

SR. VICARIO CAPITULAR.

En cumplimiento del superior decreto que antecede, he leído con la debida atencion el manuscrito á que se refiere y nada encuentro en él que se oponga á la fé ó á la moral; antes bien creo que su lectura será muy útil á los fieles por citarse en él los pasajes bíblicos que tuvieron lugar en los puntos de la Palestina visitados por el autor. Por lo que, soy de parecer que puede V. S. dar su superior licencia para que se imprima dicho manuscrito, salvo su muy acertado y recto juicio.

Dios Nuestro Señor guarde á V. S. muchos años.

José M. Delacruz.

Leon, Abril 24 de 1882.

Visto el anterior dictámen: concedemos nuestra licencia para que se imprima el Itinerario á que se refiere; con calidad de que no vea la luz pública, sin que préviamente sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor. Así el Sr. Vicario Capitulár lo decretó, mandó y firmó.

M. f.



José M. de Verma Barres,
Pro-Secretario.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



I.

APENAS comenzaban á brillar sobre mi frente los primeros rayos de la razon, cuando ya deseaba con anhelo tener la imponderable dicha de ver con mis propios ojos, y tocar con mis manos, aquellos sitios venerandos del mundo, que á la Magestad de Dios plugo elegir para que fuesen testigos inmediatos de las obras de su Hijo divino, cuando llegada la plenitud de los tiempos, se revistiese de la carne mortal; aquella tierra, que fué asombrada con los estupendos prodigios de este Hombre-Dios, en la cual enseñó las prácticas de la mas sana moral, y la que por último, quiso santificar, padeciendo contradicciones, oprobios y tormentos y regándola con su santísimo sudor y preciosísima sangre.

Esta tierra bendita era la que deseaba visitar; por la cual suspiraba; y en esto cifraba una de mis mayores dichas en la vida. Mas éste Dios misericordioso, que cual tierna madre, como lo llama la Escritura, se complace en contentar á sus hijos, estaba dispuesto á concedérmelo.

Llegó el dia, que la Providencia divina destinaba para que realizara este mi deseo; y al efecto, sabiendo que un amigo mio partia para Europa, creí que debia de aprovechar esta oportunidad, tanto por que era el mejor tiempo de embarcarse, por ser el mes de Marzo, como por llevar un buen compañero y amigo.

Así lo manifesté á mis buenos padres, é inmediatamente accedieron; lo mismo sucedió con mi ilustre y santo Prelado de tan grata memoria. Todo quedó allanado.

El día 7 de Marzo del año de 1881, dia en que la Iglesia celebra la fiesta del Angélico Doctor Santo Tomás, partí de mi Ciudad natal á las seis de la mañana; llegué á Irapuato á las cuatro de la tarde; allí me reuní con mi compañero, para seguir otro dia juntos nuestro viage hasta llegar á Paris, que fué el 24 de Abril. (1)

Diez y seis dias permanecí en esta ciudad, capital del mundo civilizado, empleándolos en recorrerla y visitar sus principales edificios. Durante mi permanencia en ella, estuve investigando los dias en que salian los vapores de Marsella para Jafa, puerto de Palestina, con el objeto de dar por fin, el debido cumplimiento á mis deseos. Supe que el dia 12 salia un vapor llamado el *Tage*, é inmediatamente comencé á arreglar mi partida. Concluido todo, me despedí de mi buen compañero, quien no pudo continuar su viaje conmigo, por dificultades que se le presentaron, y partí de Paris para Marsella, el 11 de Mayo á las nueve de la mañana. Diez y seis horas de camino de fierro ocupé en este trayecto; las que pasé muy complacido en contemplar la belleza y variedad de la campiña que se presentaba á mi vista: en unas partes, estensas praderas sembradas de trigos y cebadas; en otras, bosques espesos formados de corpulentos árboles; más allá, graciosos jardines á manera de parques, donde las flores ostentaban toda su belleza; á lo léjos, pintorescas colinas rodeadas de arboledas, y coronadas de vistosos edificios á ma-

(1) Como en este cuaderno, no trato sino de un Itinerario de Paris á Jerusalem, no me ocupo de dar una relacion de las demás ciudades de mi tránsito.

nera de baluartes: estando todo este panorama adornado con primorosas casas de campo, que daban á este espectáculo más realce y hermosura. Arrobadado estaba con esta vista, cuando la noche se dejó ver, estendiendo sus negras alas y ocultándolo todo. Era la una de la mañana cuando llegué á Marsella; é inmediatamente fuí conducido á un hotel, cuyo dueño era un español: se me señaló mi habitacion; en ella descansé un poco, para levantarme temprano, y tener tiempo de visitar la ciudad; pues el vapor debia partir á las doce del dia. Eran las siete de la mañana del dia 12 de Mayo y estaba ya en pié dispuesto á recorrer la ciudad: solo esperaba una persona que me acompañara, para que me enseñase los principales edificios. A las ocho se me presentó un intérprete, é inmediatamente salimos, contentándome con admirar solamente el exterior de los edificios, pues era muy corto el tiempo de que podia disponer.

Son de llamar la atencion, la catedral, que hace mas de treinta años se está construyendo, y un templo dedicado á Sr. S. José: entre los edificios profanos, la Bolsa y la casa del Gobernador. Marsella me recordaba aquella familia tan amada del Salvador, á Lázaro resucitado despues de cuatro dias de muerto, por insigne milagro, y á sus dos hermanas Marta y María, que vinieron á esta ciudad, siendo conducidos de un modo maravilloso. De aquí fué primer obispo, Lázaro, y aquí mismo alcanzó la corona del martirio.

Eran las once y media, cuando dí mi último adios á Marsella, y me dirijí al vapor: á la una estaba ya en marcha, atravesando las aguas del Mediterráneo. Jamás habia hecho navegacion mas feliz; la mar estaba tranquila y serena; no se escuchaba sino un ligero chasquido, producido por el vapor al abrirse paso por en medio de las ondas. En las noches, la luna se dejaba ver, retratándose y plateando las aguas.

¡Cuántas noches, sentado sobre cubierta, contemplaba el sublime espectáculo que se me presentaba: por una parte la inmensidad de los cielos sembrada de multitud de astros; por la otra, la inmensidad de los mares, poblada de infinidad de peces; y al hombre pequeñito, colocado en medio de aquellas dos inmensidades; pero á pesar de su pequeñez, el único capaz de comprender y contemplar su grandiosidad y hermosura; el único, que por su inteligencia le era dable el levantar la voz y prorumpir en alabanzas al Creador. Yo en nombre de estas criaturas insensibles é irracionales, exclamé. *Bendigan los cielos al Señor: bendigan los mares y los ríos al Señor. Benedicite, Coeli Dómino: Benedicite mária et flúmina Dómino.* (1). ¡Qué grande es el hombre por su inteligencia! Ella le hace superior en la gerarquía de los seres visibles, y por ella ha sido constituido, la obra mas perfecta, despues del ángel, que ha salido de las manos omnipotentes del Señor. Yo abismado en tanta grandeza al verlo dominar el terrible elemento del agua, no pude ménos que exclamar con el Profeta. “Señor, ¿qué es el hombre para que os digneis acordaros de él? ¿Qué es el hijo del hombre para que os digneis visitarle? Es el ser privilegiado á quien, aún dándole una naturaleza, un poco inferior á la de los ángeles, habeis revestido de honor y de gloria, puesto que lo habeis coronado rey de las obras de vuestras manos. Todo lo habeis puesto bajo á sus plantas: los bueyes, las ovejas y los cuadrúpedos de la tierra, así como los pájaros del cielo y los peces del mar y cuanto cruza el mar en todas sus dimensiones. ¡Oh Señor, oh Señor nuestro, cuán admirable habeis hecho de este modo vuestro nombre en toda la tierra! (2)

Cuántas otras noches me ponía á considerar los inminentes

(1) *Dan. 3.*

(2) *Salmo 8.*

peligros del mar, y me decia á mí mismo: pues ¿qué otra cosa es este mundo, sino un mar inmenso, y ¿qué es nuestra vida, sino una navegacion peligrosísima? ¿Acaso no está uno expuesto á la mudanza de la fortuna, como lo están los navegantes á la de los vientos? Y al modo que encrespándose las olas del mar, dividiéndolo en montes y valles, suben las naves hasta parecer introducirse en las nubes, y luego bajan hasta lo profundo del abismo: así tambien el hombre, alterándose la fortuna, próspera ó adversa, suele subir á la cumbre de la mayor grandeza y bajar á veces al abismo de la mayor miseria. Y ¿quién no vé aquí, un inminente peligro de que naufrague y se pierda su alma? porque la prosperidad regularmente entraña la soberbia, y la adversidad, amedrenta á veces el alma, que desfallece y muere al rigor de la enfermedad de la culpa. *Anima eorum in malis tabescebat.* ¡Cuántas épocas hay en la vida, en que tiene uno que exclamar con los discípulos en el lago de Tiberiades “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”

Ocupaban pues mi ánimo, diferentes reflexiones, al atravesar la inmensidad del Mediterráneo: pero para no extraviarme de mi principal objeto, baste lo dicho.

II.

ERAN las seis y media de la mañana del dia 18 de Mayo, cuando llegué á Alejandría. Como el vapor tenia que permanecer tres dias anclado, aproveché la oportunidad de conocer á la que fué en otro tiempo el emporio de las ciencias. Esta ciudad, conocida en la antigüedad con el nombre de *Rhacotis*, por ocupar este lugar; fué reedificada por Alejandro el grande,

de quien tomó su nombre. Para su construcción hizo llamar al célebre arquitecto Dinócrates, que ejecutó el plano con esmerado gusto; su figura era ovalada y su circuito contaba quince mil pasos. Cuando los romanos dominaron el Oriente, Alejandría vino á ser una segunda Roma; pero superaba á ésta en la sabiduría, riqueza y comercio. Dividióse ésta ciudad en cuatro cuarteles, separados por espaciosas calles, en cuyo centro habia una grandiosa plaza, desde la cual, se contemplaban los dos grandes puertos con que la naturaleza la habia favorecido.

Los alejandrinos tributaban sus adoraciones á Amon, que se interpreta Júpiter, y á Serápides, que tenia la figura de buey. El suntuoso templo de estas divinidades, se encontraba situado en el mismo lugar en que hoy se levanta la columna llamada de Pompeyo. Su escuela, fundada por Tolomeo Soter, fué el modelo mas acabado de todas las sabias asociaciones que se formaron sucesivamente. En ella florecieron Eratóstenes de Cirene y Ptolomeo de Pelusio, dos de los mas célebres geógrafos de la antigüedad.

Apareciendo el cristianismo, apareció tambien con él aquella escuela de hombres, que, más grandes aún que los primeros, conocieron perfectamente, que el entendimiento humano es una potencia universal, de una capacidad casi infinita, que, no pudiéndose saciar con el conocimiento de las cosas criadas, preciso era que se remontara hasta el conocimiento de su Creador: y en efecto; díganlo sino, Ciceron, Aristóteles y otros á quienes el Apóstol S. Pablo llama sabios del mundo. ¿Se apagó la sed que tenían de saber, con la filosofía, las matemáticas, la medicina, la política, y con las demás ciencias naturales que adquirieron? ¿No fué en aumento cada día aquella su sed de saberlo todo, y aquella su ignorancia acerca de las verdades más capitales? Por lo cual, el Sabio, que

tanto se dedicó al estudio y penetración de los más recónditos arcanos de la naturaleza, después de haber disputado admirablemente sobre la calidad del cedro que nace en el Líbano, y del hisopo que crece en las tapias, viendo que todo era vanidad, concluyó diciendo: "que todo era angustia y aflicción de espíritu" *videntem cuncta vanitatem, et afflictionem spiritus*. Mas no por esto se crea, que estos nuevos hombres despreciaban el conocimiento de las criaturas; ántes por el contrario; investigaban su naturaleza y sus propiedades, pero no paraban aquí, sino que se remontaban hasta contemplar el ser y perfecciones del Creador. No se asemejaban al cuervo, que, habiendo sido enviado por Noé, para explorar las aguas del diluvio, y que, cebándose en los cadáveres inmundos, que encontró en la cima de las montañas, y en las ondas, no se acordó de volver á sus manos sino que, asemejándose á la paloma, que habiendo sido enviada con el mismo destino que el cuervo, revoloteando en el horizonte, viendo inundado el terreno, se volvió á las manos de su dueño Noé. A esta escuela de verdaderos sabios pertenecieron los Dionisios, Clementes, Atanasios, Orígenes y Cirilos, á quienes jamás pudieron contrarestar los herejes. Más, desde que el mahometismo se introdujo en ésta ciudad, todo acabó; pues á no ser por los extrangeros, que se han ido á radicar en ella, Alejandría hubiera corrido la suerte de las demás ciudades de Oriente, donde impera la media luna.

En los tres dias que permanecí en ella, pude formarme una idea exacta de lo que es; aunque, si se me preguntara sobre su hermosura, comercio y actividad, no hallaría que responder; pues, en esta población se ven los mas disformes contrastes; un palacio de magnífico mármol, con espaciosos jardines, y á su lado casuchas mal construidas; hombres ostentando el sumo lujo en sus personas, en sus carruajes tira-

dos por cuatro frisiones, pasando por entre multitud de camellos conducidos por árabes, en los cuales se retrata la suma miseria; suma actividad en unos, la suma indolencia en los otros; señoras europeas ricamente vestidas y compuestas al último gusto, al lado de sucias mugeres, vestidas de un toscó lienzo azul, descalzas, con un velo que cubre su nariz y boca, sostenido por unos anillos de cobre, que llevan sobre la frente, los cuales penden de una especie de toca. Aquí aturde el ruido de los negocios y placeres, allá espanta la soledad y el silencio del desierto.

El 19 quise ir á visitar la famosa columna de Pompeyo, que es la admiracion de todos los extrangeros; como está á extramuros de la ciudad, fué necesario tomar un coche, y acompañado de un dragoman, me dirigí allá; queda al Sur, sobre una eminencia árida y enteramente despoblada, pues no se encuentra allí cerca, sino un miserable cementerio árabe. El pedestal de esta columna se eleva de catorce á quince piés sobre la tierra, la caña, que es de una sola pieza, es de granito, tiene noventa, y el capitel que es de órden corintio, diez: el total forma una elevacion de ciento catorce, á ciento quince piés. Aunque en la historia no se encuentran datos, que manifiesten la antigüedad y el objeto con que fué erigida esta columna, una inscripcion descubierta en 1801 por unos oficiales ingleses, atestigua que fué levantada por Posidio, prefecto de Egipto, en honor de Diocleciano, dios tutelar de Alejandría.

A mi regreso á la ciudad, al atravesar una de esas calles estrechas y tortuosas, ví una carretilla en la cual estaba sentado un turco tullido, muy sucio, y que á él se acercaban muy reverentes los árabes y le besaban la mano, haciéndose una especie de cruz con ella; pregunté al dragoman que me acompañaba, ¿qué significaba aquello? y me respondió, que

era un santón, á quien los musulmanes veneran como santo.

En los tres días que permanecí en ésta ciudad, á las seis de la tarde me volvía al vapor; en las noches me divertía viendo la multitud de botecitos, y oyendo recitar á los árabes sus oraciones, entre los cuales, unos, parecia que rezaban una especie de letanía, en la que uno de ellos hacia coro, y los otros contestaban.

El 20 por la mañana, fuí á visitar la Iglesia de Santa Catalina, que hace las veces de Catedral: su arquitectura es muy sencilla, agrada mucho la suma limpieza que reina en ella; en el altar mayor, hay un magnífico cuadro representando á la Santa en el momento del martirio. ¿A qué oídos no ha llegado la noticia, las grandes virtudes, la profunda sabiduría y la asombrosa constancia en los tormentos de Santa Catalina? Ella fué la que con su ejemplo, enseñó la práctica de todas las virtudes; la que con su prodigiosa sabiduría, hizo triunfar la verdad del cristianismo, sobre la ciencia de los filósofos paganos, convocados por el emperador Maximino, para hacerla desistir de su fé; y ella en fin, la que con su sangre y sus carnes despedazadas, entre las ruedas de navajas, manifestó su invicta constancia, rehusando primero la corona del imperio romano, por adquirir las dos coronas en el cielo, de vírgen y de mártir.

El 21, á las cuatro de la tarde, salí de Alejandría; y despues de diez y siete horas de navegacion, llegué á Port Said. ¿Cuál seria mi sorpresa, cuando al llegar, viniendo recargado sobre el barandal del buque, oigo una voz desde la playa, que me llama por mi nombre! Al principio, creí que fuera ilusion, pues al considerarme como á unas cinco mil leguas, retirado de mi patria, en una ciudad egipcia ¿donde iba á imaginarme que hubiese en ella, alguna persona que me conociera? Pero al repetirse la misma palabra, tendí la vista á

la playa, para ver de donde salia la voz: entónces ví con no poca sorpresa mia, á mi buen amigo el Sr. D. Domingo Urtaza, que se dirigia á visitar los Santos Lugares. Este Sr., habia salido de Leon para Europa el mismo dia que yo, y habiamos seguido juntos nuestro viage hasta la Habana; allí nos separamos, porque el Sr. Urtaza se fué directamente para España, y yo me dirijí á los Estados- Unidos, para ver á un hermano mio, que se encuentra en Nueva York. Desde la Habana no habia tenido noticia de éste Sr., de modo, que, al verlo allí, recibí una sorpresa de lo mas agradable. Inmediatamente le dí gracias á Dios, que tan benigno y misericordioso se habia mostrado conmigo, dándome para que me acompañase, tan estimable persona. Tomando un botecito me dirigí al puerto; allí, dándole un estrecho abrazo, nos dirigimos á un pequeño hotel, en donde almorzamos, y salimos á visitar la ciudad. No se encuentra en ella, nada que pueda llamar la atencion, sino es el famoso canal que une el mediterráneo con el mar Rojo, en cuya entrada está construida la ciudad. Despues de unas cuatro horas de permanencia en ella, me dirigí acompañado de mi amigo, al vapor, que debia partir á la una de la tarde. No se hizo esperar mucho, pues á los pocos momentos estábamos de marcha.

III.

EL 23 á las nueve de la mañana, tenia á mi vista á Jafa, primer puerto de Palestina, que se toca yendo por la via de Alejandría. Inmediatamente, tomando un bote, me dirigí al convento, acompañado del Sr. Urtaza y de un turco, que los religiosos mandan para que conduzcan á los viajeros.

¡Qué impresiones tan agradables se experimentan, al considerar que está uno en aquella tierra bendita, donde vivieron los Patriarcas, donde vaticinaron los Profetas, y donde los Apostóles predicaron al mundo aquellas sublimes y eternas verdades!

Jafa es aquella poblacion que se conoce con el nombre de Jope, en la Escritura; á la que S. Gerónimo interpreta belleza ó hermosura, y á la que los judios llaman la bella ó agradada. Su situacion no puede ser mas pintoresca; sus casas abovedadas, aparecen agradablemente agrupadas en una colina; tienen vista al mar, y en la eminencia de esta colina, se goza de una vista esplendente; dejánse ver hermosos jardines, donde ostentan todo su verdor y lozanía, frondosos naranjos, vistosos granados, corpulentas higueras, elevadas y graciosas palmeras y otros arbustos propios del país.

La fundacion de esta ciudad, se atribuye á Jafet, tercer hijo de Noé, y aun se dice, que fué el lugar donde se construyó el Arca. Lo indudable es, que es uno de los puertos mas antiguos del mundo. En él fué donde abordaron las flotas cargadas de cedros del Líbano, que Hiran rey de Tiro, enviaba á Salomon, para la construccion de su grandioso Templo. Esta ciudad, fué la que Judas Macabeo incendió para castigarla por la perfidia de sus habitantes, que quitaron la vida á doscientos hebreos. A ella fué llamado el príncipe de los Apóstoles, que se hallaba en Lidia; y aquí obró el gran milagro de volver la vida á la muger Tavita, conocida con el nombre de Dorcas. Aquí mismo fué donde tuvo la vision San Pedro, referente á Cornelio, en donde vió en el cielo aquella sábana misteriosa, que contenia multitud de animales; con cuya vision, Dios le dió á entender, que los gentiles eran tambien llamados á la Iglesia. En este mismo puerto se embarcó Jonás para Tarsis, cuando huia del compromiso que tenia